

En el Napo:

- 15 Reina de los Angeles de Payaguas.
- 16 San Javier de los Icaguates.
- 17 San José de los nuevos Icaguates.

En los Yameos:

- 18 Santa Ana de los Pativos.
- 19 Beato Regis.

Estos eran los pueblos sólidamente asentados, hacia los cuales procuraban atraer nuestros misioneros todos los indios salvajes que descubrian en los contornos. Aunque dotados estos hombres de tan bárbara rudeza, pudieron nuestros Padres conducirlos a unas costumbres bastante puras y cristianas. El mismo P. Julián, Superior de la misión antes citado, se congratula del fruto espiritual que gracias a Dios se ha conseguido de los salvajes. En los pueblos antiguos viven los indios con pureza de costumbres. No se conocen pecados públicos y muchos neófitos pasan largos años de su vida con simplicidad patriarcal, sin cometer ningún pecado grave. Se han visto de vez en cuando en algunas mujeres ejemplos de castidad y de un valor extraordinario para defender esta virtud. Hay alguna frecuencia de sacramentos. No pocos indios se confiesan en las festividades mayores y sábados para comulgar los domingos. En otros pueblos tienen los misioneros repartidos todos los meses del año de tal suerte, que los feligreses puedan confesarse y comulgar por lo menos cada tres o cuatros meses. Entre los Omaguas es muy ordinario acercarse algunos indios a confesarse aun los días de trabajo.

Como en otras misiones, era también muy frecuente en estas del Maraón el tomar disciplinas sangrientas en Semana Santa. Es curioso lo que nos cuenta el mismo Padre, sobre la devoción de los indios al santo rosario. «No puedo, dice, dejar de hacer alguna mención de la devoción del santísimo rosario, que se promovió mucho en estos años, rezándolo cada día algunos misioneros con los muchachos de la doctrina, y los sábados, según la costumbre antigua, con todo el pueblo. En unos pueblos lo rezan saliendo en procesión por las calles, y esto especialmente en Yu-

rimaguas, tres o cuatro veces a la semana, interpellando las décadas o misterios con una canción devota que atrae toda la gente a esta devoción» (1).

5. Tal era el estado de las misiones del Maraón cuando empezó a visitar la provincia el P. Andrés de Zárate. Así como registró y renovó todas las casas de aquella provincia, así de seó ardientemente visitar por sí mismo las misiones del Maraón, a las cuales no había descendido hasta entonces, que sepamos, ningún Provincial ni Visitador enviado de Europa (2). Debíóle confirmar en estos deseos una carta del P. Nicolás Schindler, que había sucedido al P. Julián en el gobierno de aquellas penosísimas misiones, en la cual le comunicaba los tristes rumores que corrían sobre la inminente llegada del enemigo, que ya se juzgaba inevitable. Siempre vivían con recelo de los portugueses, pero a mediados de 1736 se habían recibido más angustiosas noticias. Con ocasión de estar en guerra España y Portugal, han creído los portugueses del Pará que pueden hacer todo el daño que quieran a nuestras misiones. El sargento mayor, Melchor Méndez, que tres años antes enviado por el gobernador del Pará había subido por el Maraón, se dispone ahora a venir de nuevo con una armadilla de 60 embarcaciones y con ánimo de levantar una fortaleza en la boca del río Napo. Dos indios Cocamas, que hace dos años huyeron a los portugueses, fueron agasajados por ellos y han vuelto ahora con buenos vestidos y con sus escopetas al hombro y se sabe que fomentan entre los Cocamas la idea de pasarse al portugués. También un Jerónimo de Baraona, a quien prendió el gobernador de Borja por sus bellaquerías, huyó Maraón abajo y está animando a los portugueses a invadir estas misiones. No sabiendo qué hacerse, ha mandado a los misioneros especiales oraciones a Dios y procura exhortar a los indios a mostrarse fieles a España (3).

Estas melancólicas noticias estimularon el celo del P. Andrés de Zárate, quien procuró acelerar su viaje a las misiones. Dejando por Viceprovincial al P. Hormaegui, salió de Quito el Padre Visitador a 12 de Noviembre de 1736. Detúvose en Papallac-

(1) *Ibid.*

(2) Habíase acercado a ellas el P. Diego Francisco Altamirano a fines del siglo XVII, pero no pudo recorrer todos sus pueblos.

(3) Archivo de Indias, 77-3-18. Schindler a Zárate. Santiago de La Laguna, 2 Agosto 1736.

ta, doctrina de los Padres dominicos, y de allí se encaminó a Archidona, pueblo antiguo, administrado por nuestros Padres desde mediados del siglo XVII. Habiendo descansado algunos días, dirigióse al pueblo Napo, que era considerado como el puerto de este gran río, donde solían los misioneros embarcarse en canoas para bajar al Marañón. Juntáronse allí el P. Schindler, Superior de las misiones, y otros dos misioneros, con los cuales, y una buena escolta de indios, fué bajando lentamente la corriente del Napo. Visitó los pueblos que se hallaban en la costa y llegado al Marañón se detuvo algún tiempo, primero, en San Joaquín de los Omaguas, y después, en San Ignacio de los Pevas.

Mientras visitaba este último pueblo, el más oriental de todas nuestras misiones, después que se perdieron las antiguas aldeas de los Omaguas, sobrevino un incidente que no se hizo muy nuevo a nuestros Padres. El 24 de Enero de 1737 aparecieron en el Marañón tres canoas con bandera portuguesa. Al verla hubieron muchos de los indios que acompañaban al P. Visitador. Saltó en tierra un sargento, y acercándose al P. Zárate, le pidió cortésmente que permitiera desembarcar al alférez que mandaba las tres canoas. Era este José Ferreira de Melo. Con la venia del Padre, saltó en tierra el alférez, y empezando a hablar con el P. Visitador, le declaró a pocos lances, que aquel territorio pertenecía a la corona de Portugal. Protestó el P. Zárate, sosteniendo los derechos de España sobre todos los territorios evangelizados por los jesuitas de Quito. Largo rato duró la disputa y como dice el mismo Visitador, tuvieron varios altercados corteses, pero firmes. Antes de despedirse juzgó conveniente el P. Zárate entregar al alférez una protesta por escrito, que sirviese de alguna manera como testimonio de los derechos de España a los territorios donde se hallaban nuestras misiones del Marañón. He aquí el texto de la protesta:

«El P. Andrés de Zárate tiene por necesario de protestar solemnemente en nombre de Su Majestad Católica y en el de su religión de esta provincia de Quito, de que es Visitador y Vice-Provincial, como protesta, contra todo lo obrado y emprendido por dicho alférez en éste su registro del pueblo de los Pevas, igualmente que en los demás territorios de la corona de Castilla, cuyos términos siendo mucho más dilatados de lo que da a entender dicho alférez, no es factible que los misioneros castellanos le propasen, siendo para esto necesario que se hubiesen ade-

lantado hasta los muros del Gran Pará, único e indisputable término de la corona de Portugal hacia el Marañón arriba, única causa que le obliga a requerir por ésta a dicho alférez, José Ferreira de Melo, para que desocupe todas las aldeas que desde la de San Pablo hasta el río Negro tienen ocupadas y usurpadas los Reverendos Padres carmelitas a la Compañía de Jesús, castellana, cuyas espirituales conquistas han sido desde su principio dichas aldeas, representando éste su requerimiento a dicho gobernador del Pará, quien teniéndolo por hecho a sí, mandará lo que la justicia pide y debe conducir para la manutención de la más estable paz y concordia entre las dos coronas. En San Ignacio de los Pevas y Enero, 24 de 1737. Andrés de Zárate» (1).

Dicho se está que este documento no produjo ningún resultado. Los portugueses se retiraron diciendo muchas bravatas y prometiendo que habían de llegar hasta el Perú y conquistarlo para Portugal (2). Dejóles ir el Visitador y luego continuó recorriendo poco a poco los otros pueblos de las misiones. Tuvo la buena suerte de fundar un pueblo nuevo. Efectivamente, desviándose del Marañón y entrando por el afluente Nanay, a poco trecho encontraron una mujer, de quien supieron que estaban ausentes los indios de aquella ranchería, y se llamaban Napeanos. Por medio de esta mujer, a quien hicieron varios regalillos, atrajeron a sí los demás indios de la tribu, y el P. Schindler observando cerca del río cierto sitio espacioso y saludable donde se podría fundar pueblo, propuso la idea al P. Visitador. Admitió éste de muy buen grado tal pensamiento, y al instante, en el sitio señalado por el P. Schindler, empezó a formarse un pueblo con los Napeanos. Dejaron allí un misionero para continuar la obra, y ambos Padres siguieron recorriendo las otras reducciones del Marañón.

Un año próximamente, el de 1737, duró esta visita del Padre Andrés de Zárate. Al terminar esta penosa tarea y llegar a Quito, el 26 de Diciembre, juzgó necesario redactar un informe dirigido a Felipe V, para informarle autorizadamente de lo que él mismo había visto en aquellas difíciles misiones. Bueno será conservar ciertas noticias que nos da en este escrito, sobre los padecimientos de aquellos operarios apostólicos. Dice así el Pa-

(1) Archivo de Indias, 77 3-18.

(2) Así lo dice el P. Zárate en el informe al Rey que luego citamos.

dre Zárate: «Del exceso del calor y humedad, les viene a aquellos Padres misioneros dentro de sus misiones, una multitud de penalidades que equivalen a un duro y prolongado martirio. Porque no se puede coger trigo ni otros granos, ni conservar la harina y por eso su pan son las yucas cocidas o asadas, plátanos y maíz, sin que prueben en todo el año bocado de pan ni bizcocho. No se puede conservar el Santísimo sin peligro, ni aun veinticuatro horas, y para conservar la harina para las hostias, necesitan tenerla colgada en alguna vasija al humo. Luego se les pudren y se hacen pedazos los zapatos y el vestido, y por eso procuran conservar las sotanas delgadas para el pueblo y para decir misa. Para los viajes de la montaña, la tienen de cambira, que es a manera de cáñamo o de lona de algodón muy grueso. Los mosquitos, arañas y hormigas parecen plaga, y es necesario andar todo el día con abanicos de plumas o cosa equivalente y no alcanzan. A la noche, es preciso dormir cerrado en los toldillos por los cínifes y zancudos y por los murciélagos, y porque no llegue alguna culebra o alacrán o araña negra, cuyo veneno es no menos activo que el de las víboras. El toldillo, aunque sea delgado, es un sudadero que sofoca...

Sobre esta multitud de incomodidades es muy pesado el ejercicio de paciencia con los indios. Porque cada uno de aquellos Padres es una madre pobre con una muy dilatada familia. Ellos han de ayudar a los indios en todo, los han de espolear y dirigir en el trabajo, para que tengan que comer y suministrarles el vestido y la herramienta y cualquier cosa que les falte. Cuando caen enfermos, han de ser sus médicos, cuidar de prevenir las medicinas, hacer que las tomen, les han de enviar la comida y fomentarlos en un todo, no menos en lo temporal que en lo espiritual. A este fin, de los 200 pesos que Vuestra Majestad da para alimentos a cada misionero, apenas gasta cada uno los 50, estrechándose ellos, tratándose mal a sí mismos e ingeniándose en ahorrar cuanto pueden, para tener que dar a los indios. Es cosa de igual admiración y edificación, ver a unos sujetos de escogidos talentos, y que sin duda serían muy estimados por sus prendas en sus provincias, tan cebados en el cultivo de aquellas almas, que ni echan menos el comercio racional de que están privados, ni conciben tedio al trabajo cotidiano y tan molesto con una gente tan bárbara.

Es verdad que esta barbarie se alivia mucho con la sujeción

y amor grande que tienen a los Padres y con no estar inficionados de idolatrías ni otros errores, sino con sola la falta de cultivo. Pero este corto alivio viene a ser como nada, por la suma dificultad de imponerlos en los misterios de la fe, nacida de que no tienen noticia de cosa alguna espiritual, ni de las operaciones del alma, ni en sus lenguas tienen palabras que las signifiquen, hechos a gobernarse únicamente por lo que perciben por los sentidos y nada más. Tienen alguna luz de la inmortalidad de las almas, pero muy material y mezclada con el error de que nadie muere sino de muerte violenta o causada con brujerías y con hechizos, lo que es causa de sus enemistades irreconciliables. Porque engañados de su imaginación y las más veces de la sugestión del enemigo, como no saben vengarse sino matando, matan por antojo y hacen destrozos. Este es el vicio predominante entre aquellos indios y el que más los aniquila, aunque también suelen hacer en ellos grande ruina las viruelas, los males de costado y los cursos de sangre, si bien tienen ya sus remedios eficaces contra estas epidemias. La que suele ser sin remedio es la melancolía, si los sacan con alguna violencia de sus retiros a poblarse, y es bien notable la esterilidad que de esto sobreviene a las mujeres. Pues siendo muy fecundas en el monte se experimenta que no conciben los primeros ocho o diez años de vivir en poblado sino muy raras veces.

Entre otras cosas que dejé ordenadas con parecer y consulta de los Padres misioneros fué una que los indios hiciesen cada quince días ejercicio militar con las armas que usa cada nación para que de este modo estén ejercitados y diestros en resistir y defenderse en las entradas e invasiones de los portugueses. Otra, que cada Padre tenga seminario de muchachos, como lo tenía ya el P. Carlos Brentano en Omaguas, con la distribución de rezar a sus horas, oír misa y aprender algunos oficios mecánicos en que entran muy bien. La tercera, que todos los días de fiesta publique el Padre misionero por lista los muchachos y muchachas que hubieren cumplido la edad de casarse, exhortando a sus padres a que les den estado cuanto antes para evitar los muchos y graves inconvenientes que se experimentan de lo contrario. Y en esto es bien digno de notarse que ni ellos reparan en otra calidad ni en dote, sino sólo si es trabajador y de buena salud. El novio, si es robusta y trabajadora la novia. El número de todos los pueblos o de almas que en ellos viven serán cosa de

10.000 personas, y los Padres que los cuidan son 18 de la Compañía y con el sacerdote secular D. José Baamonde (1) son 19 misioneros.»

6. Tal fué el informe enviado a nuestro Rey Felipe V por el P. Andrés de Zárate, después de haber visitado en el año 1737 todas nuestras misiones del Maraón. Los Padres misioneros, animados con las exhortaciones del Visitador, renovaron su espíritu y sus esfuerzos apostólicos, que en los años siguientes dieron por resultado la fundación de algunos pueblos nuevos. El P. José de Alvelda levantó la reducción de San Javier entre los indios urarinas; D. José Baamonde consiguió recoger a los iquitos, que se redujeron a un pueblo, y por entonces empezó la conversión de los indios llamados encabellados, entre los cuales se levantaron con el tiempo hasta ocho pueblos. Es de advertir que algunos de estos pueblos nuevamente formados empezaron a llamarse anejos de los antiguos, porque, siendo imposible poner un misionero en cada uno, se adoptó la costumbre ya recibida en Nueva España y en otras partes de formar una reducción con dos o tres o más pueblos poco distantes entre sí. El misionero residía habitualmente en el más numeroso, y desde allí hacía periódicamente sus excursiones a los anejos, cuidando de la instrucción de los neófitos y de que a sus tiempos recibieran los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía.

En estos años vemos aparecer en la escena nuevos operarios apostólicos, como los españoles Manuel de Uriarte y Miguel Bastida y los alemanes Enrique Francen y Adán Escrengen. Empezada la conversión de los encabellados por la reducción de San José de Guayoya, formáronse después en el espacio de algunos años los pueblos de San Bartolomé, San Pedro, San Juan Nepomuceno, El Nombre de Jesús, San Miguel Arcángel, San Estanislao, San Luis Gonzaga y la Santa Cruz. El P. General, Francisco Retz, en cierta carta que escribe por Marzo de 1741 (2), se alegra de haber sabido que lleguen a 28 los pueblos que sostienen nuestros misioneros del Maraón. Verdad es que no todos fueron estables. De vez en cuando, por la inconstancia de los in-

(1) Este sacerdote entró en la Compañía algunos años después, y habiendo hecho el noviciado en Quito, volvió a las misiones del Maraón, donde perseveró ejemplarmente.

(2) *Cartas de PP. Generales. Retz a Baltasar de Moncada*, 25 Marzo 1741.

dios, por las artimañas de algún hechicero, por temor de algún castigo después de haber hecho alguna bellaquería, por empezar alguna epidemia o por otros motivos, desbandábase la población y quedaba el misionero casi abandonado de su gente y debía volver a la improba tarea de recoger a los fugitivos y acomodarlos tal vez en sitio diferente o agregarlos a otros pueblos ya fundados. En estos años resplandecieron por su celo emprendedor los PP. Martín Iriarte, Pablo Maroni y Miguel Bastida.

No faltó en estos tiempos la sangre de los mártires. Por haber enfermado el P. Iriarte, fué destinado a estas misiones el P. Francisco Real, religioso observante que pedía desde muy atrás a los superiores este sagrado ministerio. Por Julio de 1743 llegó al pueblo de San Miguel de Ciecoya, y desde allí asistía a varios anejos que se habían fundado entre los indios encabellados. Año y medio perseveró trabajando con extraordinario fervor en el cultivo de aquellos pobres neófitos. Entre tan buenas almas no faltó un Judas que se enemistó terriblemente con el Padre. Era un mal indio, llamado Curuzaba, grande embustero y forjador de patrañas, que no asistía a la explicación de la doctrina, que perturbaba con sus chismes a otros indios y era piedra de escándalo para aquella gente sencilla. Pasando por aquel pueblo el teniente de Borja, D. Matías de Rioja, como supiese lo mal que procedía Curuzaba, le reprendió públicamente y le amenazó con un severo castigo, si no mudaba de conducta. Lejos de enmendarse el obstinado indio, empezó a tramar una fuga, llevándose a los bosques varios indios a quienes había pervertido. Adivinó el negocio el P. Real, y del mejor modo que pudo exhortó al indio a permanecer en el pueblo. Como vió que no se convencía, discurrió el Padre quitarle cierta herramienta que le había dado para que la pérdida de esta prenda le impidiese la fuga. Cada vez más empedernido el desventurado apóstata, determinó acabar con el Padre.

Era el 9 de Enero de 1745, y antes de amanecer cercaron varios indios la casita en que vivía el misionero. Hecha esta diligencia, entró Curuzaba con otros tres más atrevidos, y disimulando su perversidad, empezaron a hablar con el Padre de asuntos indiferentes. Hallábase el P. Real algo enfermo, sentado en su camilla y con el rosario en las manos. Al poco rato, mientras los otros tres llamaban la atención del Padre hacia otro lado, Curuzaba sacó prontamente una macana y dió al siervo de Dios